

De cómo la música traspuso las puertas de Montevideo

Escasamente musical fue nuestro Montevideo **en sus primeros tiempos**. Es que eran demasiado rústicos los pobladores que la fundaron, y contados los instrumentos que alguno de ellos **pudiera haber traído / trajo** consigo: una guitarra que otra en el mejor de los casos, o con suerte un mandolín aislado; ni pensar en el refinamiento que, comparativamente, representaba un laúd o una tiorba...

Así, solo **resonaron / resonarían**, muy de cuando en cuando, motivos y tonadas populares que –con canto o sin él– les **traerían / traerán** a nuestros pobladores reminiscencias de la tierra que habían dejado lejos. Ni atisbos, ciertamente, de algo que **pueda emparentarse / pudo emparentarse / pudiera emparentarse** con eso que, con propiedad dudosa, se ha llamado música culta o música clásica, ajena por completo a los conocimientos e inquietudes de aquellos hombres y mujeres desprovistos de instrucción.

Pero **las primeras décadas van corriendo / iban corriendo**, se ha establecido un contacto regular con España y **llegan / llegaban** de allá expresiones que **enriquecen / van enriqueciendo** la existencia de nuestros pobladores. De a poco estos **van conociendo / concen** e incorporando maneras de la sociabilidad y el gusto que revisten de mayor refinamiento sus prácticas diarias, sus costumbres e inclinaciones.

Un día, en los alrededores del 800, ocurre un hecho que cambiará por completo la fisonomía musical de aquel Montevideo todavía primitivo: llega a nuestro puerto, no se sabe bien cómo ni por qué, un primer clavicordio. (Antes, alrededor de 1750, **había llegado / llega** el órgano a Montevideo, pero con el exclusivo fin de servir a los oficios religiosos).

Quizás hoy no **podamos / podemos** ni imaginar siquiera el impacto que la novedad del clavicordio **trajo / trae** aparejado en los gustos y aficiones musicales de nuestra gente. Hay testimonios precisos del asombro que provocó el nuevo sonido, tan diferente al de la guitarra, y cómo se abrió para nuestros montevidianos un horizonte de sensaciones sonoras no experimentadas hasta entonces. No para todos, ciertamente: solo alguna que otra familia pudiente estuvo en condiciones de darse el lujo de instalar en su sala un aparato tan costoso como aquel.

Se sabe igualmente que las familias **acudieran / acudían**, muy noveleras, a las casas cuyos dueños **poseían / poseyeran** aquella maravilla musical nunca vista. Tenemos que suponer, aunque no hay documentos que lo prueben, que junto con el clavicordio **llegó / habrá llegado** también quién **supiera / supo** tocarlo y enseñarlo. Y suponer asimismo que quizás **fue / habrá sido** la señora o señorita de la casa la primera en sentarse, nos **imaginamos / imaginemos** con cuánta emoción, frente al teclado que les **parecía / parecería** poco menos que mágico.

Lo que sí se sabe de modo fehaciente es que, con el correr del tiempo, **aparecieran / aparecieron / habrán aparecido** otros montevidianos dispuestos a aprender el complicado instrumento y se volvió bastante común organizar tertulias familiares con el propósito expreso de escuchar pequeños recitales con sonido de clave.

Pero el ingreso del clavicordio aportó otra novedad no menos removedora para el incipiente ambiente musical de Montevideo: por primera vez –si exceptuamos las contadas composiciones religiosas que se interpretaban en órgano en algunas iglesias– se **escucharon / escucharan / escuchan** entre nosotros temas de música “cultura” (sigamos con la denominación habitual); y de ese modo el gusto musical de los montevideanos se **fue depurando / iría depurando / depura**, las exigencias se **hicieron / hicieran / hacen** mayores, se **reclaman / reclamaron / reclamaran** nuevas partituras, de suerte que se **desató / desatara / habrá desatado** todo un movimiento de vivo interés en torno a la música clásica, desconocida hasta entonces entre nosotros.

Pero el clavicordio era un instrumento costoso, al igual que su traslado a nuestro puerto. Por eso no fueron muchas las familias que estuvieron en condiciones de alimentar esta nueva afición, y así el núcleo de interesados quedó reducido a una estricta minoría.

La situación cambiará recién **en 1824, en vísperas de liberarse Montevideo del dominio cisplatino**. En ese momento ocurren dos hechos que le dan nuevo impulso a la difusión musical entre nosotros. El primero es que, como antes el clavicordio, llega ahora a nuestra ciudad el piano, hacía poco impuesto en las salas de concierto europeas. Y al igual que en el Viejo Mundo, el sonido del piano y sus posibilidades expresivas sedujeron y encantaron a escuchas e intérpretes de nuestro ambiente.

Por lo demás, el costo del novísimo instrumento era más accesible que el del anterior clavicordio, facilitando así su paulatina difusión entre nosotros. Su reinado en el ámbito musical montevideano se hizo en poco tiempo incontestable.

El segundo hecho que tiene lugar **en ese 1824** es la fundación de un teatro, la Casa de Comedias, cuya sala resulta muy apropiada para realizar conciertos y recitales, que pronto se convierten en actividad más o menos regular. Obsérvese que era la primera vez que podían organizarse veladas musicales públicas, no ya solo familiares; hecho que amplificó extraordinariamente el ámbito de difusión del arte musical entre nosotros.

Miguel Vaccani, un tenor italiano, acompañado por un pianista de nombre Sáenz, **cantó / habrá cantado / cantaría / cantara** arias de Rossini en la Casa de Comedias, en la que fue la primera velada lírica que tuvo Montevideo, con la conmoción que es de imaginar en nuestro todavía reducido ambiente musical.

Schinca, Milton (1997). Boulevard Sarandí. Memoria anecdótica de Montevideo, de la colonia a nuestros días. Volumen 5. Ediciones de la Banda Oriental